

ronse entrambos hacia la cámara de Su Alteza. Oíase desde ella un prolongado y confuso clamoreo, cuya causa no tardaron en adivinar. Su Alteza, rodeado ya de algunas de las primeras dignidades de Castilla, preguntaba á unos y á otros, y parecía haberse hallado largo rato en la misma duda que los personajes de nuestro último diálogo. Brillaba, sin embargo, en su semblante una alegría desusada en él y podíase conocer desde luego que más tenía de fausto que de infausto el suceso que producía en aquella ocasión tanto movimiento.

—Venid, ilustre conde, mi pariente, y vos, Abenzarsal, venid,—dijo don Enrique el Doliente saliendo al paso contra su costumbre, con notable olvido de su propia dignidad, á los dos personajes que entraban en su cámara.—La corona de Castilla tiene ya un heredero varón.

—Señor,—dijeron á un tiempo Villena y el físico,—¿es posible? ¿Ha llegado ya tan alegre nueva?

—Sí,—dijo el rey,—el enano que está de atalaya en la torre más alta del alcázar, acaba de ver las ahumadas que tenía mandadas disponer para este caso, y los fieles habitantes de mi leal villa de Madrid se han apresurado á felicitar me sobre tan feliz acontecimiento.

Oíanse, en efecto, ya más distintamente los repetidos vivas con que de buena fe manifestaba el pueblo su entusiasmo al saber que había nacido un rey, y que no podría faltarle ya en ningún caso quien le mandase.

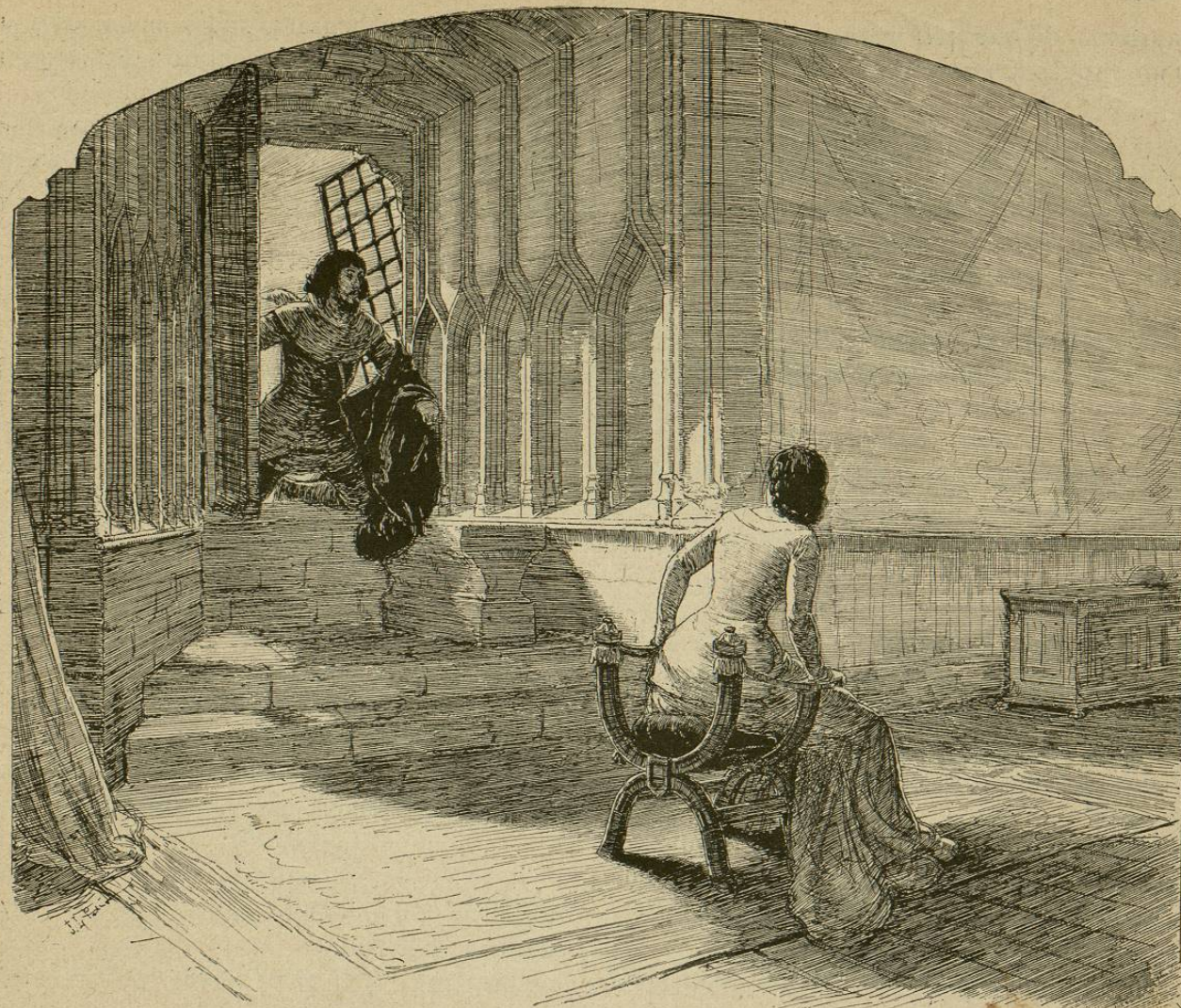
Salió Su Alteza á una de las *fenestras* de su alcázar, como se llamaban entonces las ventanas en castellano, sin que se pudiera achacar eso á galicismo, pues no había entonces en la

pobre villa de Madrid tantos traductores como en los tiempos que alcanzamos de dicha y de ilustración; salió á una de las *fenestras*, como dejamos dicho, y agradeció al pueblo con claras demostraciones y ademanes de contento y satisfacción, su inocente entusiasmo.

Vuelto en seguida á Stúñiga, justicia mayor del reino,—Diego López,—le dijo Su Alteza,—dispondréis que mañana sea la última audiencia que dé en esta villa á los fieles habitantes de Madrid. Debemos marchar inmediatamente á Otordesillas, adonde se trasladará la corte por ahora. Quiero que al separarme de esta mi villa predilecta, puedan mis vasallos venir á implorar á los pies del trono la justicia que puedan necesitar. Recuerdo, además, condestable,—añadió volviéndose al buen Ruy López Dávalos,—que he suspendido en dos ó tres casos decisiones de grave interés, prorrogándolas hasta el momento que tan felizmente ha llegado.

Inclináronse el condestable y el justicia mayor, y no puso tan buen gesto como don Luis Guzmán el intruso maestro. Antes, llegándose al oído del astrólogo:—¿Habéis oído?—le dijo.—Mañana dará orden de que se reuna el capítulo de Calatrava, y mañana acaso fijará el día de nuestro combate.—No hay tiempo que perder,—repuso en voz baja también el judiciario.

Don Luis Guzmán y Macías echaron cada uno por su parte una mirada significativa de esperanza y desprecio al conde de Cangas y Tineo. El resto del día se empleó en preparativos para el viaje que la corte disponía, y la noche en músicas y en danzas, en que los ministriles y juglares divertieron no poco á todos con sus juegos y arlequinadas, farsas y bufonías.



CAPITULO TRIGÉSIMOPRIMERO

Porque le ví ir huyendo
Muy malamente llagado,
Y que á la hora de agora,
Será muerto ó cativado.

Rom. del rey Rod.

Por ende quien me creyere
Castigue en cabeza ajena,
E no entre en tal cadena,
Do no salga si quisiere.

Marqués de Santillana. Querrela de amor.

Algunas horas hacía ya que la noche había tendido sobre nuestro hemisferio su tenebroso velo. Ningún ruido sonaba en la campiña, ni en las solitarias y tortuosas calles de la villa de Madrid. Sólo en el alcázar se veían brillar, en algunas habitaciones, más luces de las que solían comunmente arder á semejantes horas: oíase desde la calle un rumor sordo y lejano, que se desprendía del altísimo edificio, bien como se desprenden de la tierra los vapores en una mañana clara de invierno. Un caballero acababa de bajar triste y taciturno la escalera principal del alcázar: su traje indicaba que salía del bri-

llante sarao que arriba se oía; su desasosiego, sus pasos vagos y sin dirección, indicaban el desorden y la indecisión de sus pensamientos.

—Sí, volveré,—decía hablando consigo mismo,—volveré: ella misma lo decidió. ¡Importuna danza! ¡ruido mil veces más importuno! ¡Mientras más gente, más solo!

Catavo de mi tristura,
De mí todos han espanto:
Preguntan, ¿cuál desventura
Hay que me atormente tanto?

¡Inútiles esfuerzos! ¡talento estéril! ¿De qué

me sirves, de qué? ¡Ni mis palabras la vencen, ni mis trovas la mueven! ¡Elvira!

¡Ah! te place que mis días
Ya fenezca mal logrado,
Muy en breve,
Pues que al infeliz Macías,
Es tu pecho despiadado,
Tan aleve.

Después de repetir esta endecha tristísima de una de sus composiciones, apoyóse el trovador desdichado contra la alta muralla del alcázar, donde se encerraban todos sus deseos. Poco tiempo podía hacer que estaba sumergido en la más profunda meditación, ora recordando las contradictorias pruebas que de cariño y odio le había dado su señora, ora repitiendo vagamente y con profunda distracción fragmentos sueltos de las chanzones que le había inspirado su desgraciado amor, cuando una mano se apoyó sobre su hombro con extraña familiaridad.

—¿Quién eres,—preguntó airado,—el que osas perturbar la meditación del que desea estar solo?

—Quien os ha visto salir; quien compadece vuestra pasión; quien os ha de consolar en ella; quien sabe de vuestros asuntos tanto como vos, si no más;—repuso el desconocido.

—¡Ah! judiciario,—dijo Macías, reconociendo al físico Abenzarsal, que había salido tras él del bullicioso sarao.—¿Qué se hicieron tus predicciones, y qué tu vana ciencia? ¿Dónde está mi felicidad, dónde?

—Más cerca acaso de lo que presumes, hombre incrédulo.

—¿Qué decís? Explicaos. ¡Ah! si alguna vez os han engañado, si sabéis, padre mío, lo que es esperar lo que nunca llega y creer lo que nunca sucede, no os burléis de mi necia confianza. Ved que lo creo todo, porque todo lo deseo.

—¡Silencio! ¿Conocéis una reja alta que da sobre el terraplén y el foso, hacia la parte del alcázar que mira al soto del Manzanares?

—¿Qué me queréis decir?

—Oid. La reja se abre. He aquí su llave.

—¿Su llave? ¿Para qué?

—¿Para qué preguntáis? ¿No os sirve, pues?

—¡Ah! dadme, dadme acá. Decidme, ¿de quién, para quién la tenéis?

—No os importa. ¿Conocéis su letra?

—¡Desdichado! ¿De qué la habría de conocer? Si tanto sabéis y adivináis...

—Bien: no importa. Miradla aquí.

—Su letra, Abenzarsal. ¿Es magia esto, es magia? ¿Deslumbráis mis sentidos, por ventura, con las artes de vuestra páfida profesión?

—Leed y callad,—añadió el astrólogo sacando de debajo de su ropa una linterna, cuya luz proyectó sobre un pergamino que le dió al mismo tiempo.

—¡Dios mío!—dijo el doncel acabando de leer.—¿Es ella, lo sabéis, es ella la que escribe estas breves palabras?

—No: soy yo si os parece,—dijo afectando enojo el páfido viejo:—adiós; puesto que no queréis ser feliz, no os quejéis después.

—¡Ah! no: venid, perdonad, señor, si el exceso mismo de mi felicidad... ¿Es posible?

—¡Ea! dejad vuestras pueriles exclamaciones. El tiempo corre. Partid. No convendría que nos vieses juntos. Sabéis que el hidalgo está con Su Alteza. Adiós.

—Escuchad; teneos. ¡Un momento!—dijo Macías; pero hablaba solo ya: el astrólogo había desaparecido con indecible presteza.—¡Qué confusión!—prosiguió el doncel.—¡Tanta felicidad, Dios mío! Corramos; mas no. ¿Quién sabe los sucesos que me esperan esta noche? Sé que mi constelación me es contraria. Quiero buscar mi espada: con ella al lado, nadie, nadie podrá estorbar mi felicidad.

Dirigióse, dichas estas palabras, el animoso doncel á su habitación, y ciñó su espada, cubriendo con un tabardo oscuro de velarte su elegante vestido, que no podía menos de haber llamado la atención de cualquiera que aquellas horas se lo hubiera notado, en el paraje sobre todo donde él pensaba que podría tener que esperar un instante propicio para su dicha.

Volvía á bajar la escalera del alcázar para salir al campo lo más presto posible, y antes de que se hubiesen cerrado las puertas de la villa, cuando un encuentro inesperado le detuvo, no tan á su pesar como podría parecerle á primera vista al que no supiese que el que hacía variar de aquella manera su primer pensamiento, era nada menos que el mismo, mismísimo pajecillo Jaime, á quien tan apurado y comprometido dejamos por causa del doncel en uno de nuestros últimos capítulos, que acaso no habrá olvidado todavía el lector.

—¡Jaime!—dijo Macías.

—¡Señor caballero!—repuso el paje no menos admirado y satisfecho.—Buena la hicisteis la mañana pasada. ¡Ah! otra vez ved de ser más prudente.

—¿Acaso Elvira?...

—Mirad, de eso nada sabré deciros, sino que desde entonces esposo y esposa se tratan de una manera... La señora pasa llorando los días y el señor rabiando las noches... La casa es un infierno. Felizmente, á mí nada me tocó de lo que merecía. Pero á propósito, gózome de encontraros. Díjome mi hermosa prima...

—Más bajo.

—No, no hay peligro.

—¿Qué te dijo?

—Que si volvíais alguna vez, como habíais dejado prometido...

—¡Como ella misma!... querrás decir...

—Sí, bien... como gustéis.

—¿Y qué?

—Nada: no os aflijáis. Mirad: las mujeres son... vos lo conocéis mejor que yo...

—¿Qué hablas, pajecillo? Acaba.

—¡Ah! no, si os enfadáis... tranquilizaos, y os diré...

—¡Acaba por Santiago! Juro por el infierno que estoy tranquilo.

—Me dijo, pues,—contestó el paje aterrado de la extraña tranquilidad del doncel,—que si volvíais, se os dijera que no estaba.

—¿Eso dijo? ¡Perfidia! ¡perfidia sin igual! ¿Y no lloró al decirlo, no tembló, miserable? Sed generoso con las damas: creed, creed un solo punto. ¡Salvad mi honor, huid, y volveréis! que os amo, dijo, y todo fué mentira! ¿Y yo salí y obedecí? ¡Necio! ¡insensato! ¡Ah! ¡maldecida generosidad! Paje, ¿me engañas?—prosiguió después de una breve pausa, en la cual dió mil vueltas al pergamino que le acababa de dar el astrólogo.—No pudo decir eso: tú burlas mi dolor, y tú...

—¿Yo, señor, yo? Me obligaréis á deciros lo que añadí...

—¿Qué añadí, santo Dios?

—Pues mirad, añadí que se os dijera á vos mismo que ella había dado aquella orden.

—¿Eso? ¡Ella! ¡Ella misma! ¡Oh ultraje! ¡oh rabia! Paje, ¿conoces tú su letra?

—Poco, señor.

—¿Es esa?—dijo Macías acercándola á un farol de la escalera inmediata.

—Páreceme que... sí... cierto; yo á lo menos... Verdad es que yo no sé escribir. Yo soy mal juez.

—¿Cuándo dijo lo que me acabas de referir?

—Aquel día mismo.

—¡Respiro! Algún objeto llevaría. Vuela á tu prima, Jaime: dile que me diste ese recado, y

que respeto sus motivos. Escucha. Con respecto á su cita, dile antes de una hora...

—¿Cómo? ¿os cita?

—¡Silencio!

—¿Y os quejabais vos? Decid entonces que el engañado he sido yo. Ya me encargaré yo de esos recaditos en adelante, para que me cuesten una oreja el día menos pensado, y que la señora luego... ¿Es posible, señor caballero, que han de engañar las mujeres hasta á sus mayores amigos? ¡A todo el mundo, señor... á todo el mundo!

—¡Ea! ¡Silencio! y separémonos. Nada digas, nada hables. En estos asuntos, Jaime, la palabra escapada revuelve sobre el que la dijo y las imprudencias se pagan con la vida. ¡Adiós, adiós!

Dichas estas palabras continuó el doncel su camino, pidiendo á su señora en su borrascosa imaginación mil perdones por la ligereza con que la había inculpadado, en aquel momento mismo en que acababa de darle, según él, la prueba más singular de su constancia y fidelidad.

Llegó el paje entretanto á Elvira, y refirióle lo ocurrido. Mil y mil ideas se cruzaron en la imaginación de la desdichada. Deseosa, sin embargo, de aclarar aquel misterio y bien decidida á no exponerse de nuevo al peligro que no podía menos de correr con el arrebatado doncel: —¡Jaime,—dijo,—quiero salvarme á toda costa! Le amo, le amo con furor; y el infeliz lo sabe. No le vea, no le hable. Mi honor es lo primero. Juzgue de mí lo que quisiere. Escucha. Yo de mí misma desconfío y tiemblo. Sus ruegos pudiesen vencerme... Por otra parte, esa cita sólo puede ser un artificio... acaso una horrible maquinación, un lazo que nos tienden. Mira: toma esa llave, y ciérrame por fuera; de esa manera no le podré yo abrir aunque sus ruegos me ablandaran. Corre en seguida en su busca. ¿Dónde iba?

—Bajaba la escalera del alcázar.

—¡Soy feliz! Todavía no viene en mucho tiempo. Búscale, Jaime, búscale. Dile que es inútil; que nunca le he citado; que es mentira; que su vida peligra; que está Hernán conmigo... Lo que quieras. Que no venga, y lo demás no importa. ¿Qué sería de mí si Hernán...? ¿Será él por ventura, será él el que de esta suerte intenta?... ¡Qué horrible maquinación!—Hizo Jaime lo que su hermosa prima le rogaba con no poco miedo de verse metido á su edad en tan gran laberinto de riesgos y de intrigas, pero